

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

DEL ACEITE.

DE LA CLARIFICACION DE LOS ACEITES.

Algo aclaran los aceites dentro de las pilas y pozales á donde van de primera intencion, mas no al punto de que cosechero alguno pueda quedar satisfecho de tal limpieza y transparencia. Y, sin embargo, doloroso es confesar que no suelen llevarse más allá las exigencias. Ya hemos visto que en el Real Sitio de San Fernando daban por perfectamente puro el aceite que, á los ocho dias de haber sido exprimido, llegaba á la pila séptima despues de haber recorrido las seis anteriores. Los mallorquines suelen trasegar cada dos ó tres dias el aceite bueno desde el *safaretx d' es triar* á las *picas* ó depósitos definitivos; y los túrbios ó posos del fondo, juntamente con el aceite que entró en el *resguard*, pasan al poder del trajinero que los lleva, calientes todavía, al mercado, generalmente para la fabricacion de jabones. Mal obran cuantos almacenan tan pronto sus caldos, sin parar mientes en que únicamente han sido eliminadas las impurezas mas groseras, y que en la masa general subsisten todavía elementos sobrados de fermento y próxima rancidez, que darán sus frutos consiguientes si

Año II.—Tomo III.—N.º 2.—31 Julio 1876.

en ella permanecen hasta el día, acaso muy remoto, de la venta como en Mallorca, ó, según costumbre de otras provincias, hasta el clásico y tardío trasiego de los meses de marzo ó abril. Aquel asiento espeso y turbio, de mal olor y de sabor ingrato, que ocupa el fondo de cada tinaja ó depósito, revela claramente la impureza del aceite que allí entró, y la torpe imprevisión de quien ha tolerado prolongado contacto y ancha comunicación entre un líquido infecto y sùcio y otro aromático y dorado, que no puede ménos de haberse resentido en sus cualidades de tan ruin vecindad.

Salta á los ojos que el simple trasiego desde los depósitos provisionales á los del almacén no basta por sí solo, ni tampoco seguido de otro tres ó cuatro meses después; y notorio es también que han de efectuarse varios convenientemente escalonados, si quiere obtenerse un aceite tan puro y transparente cual lo comporta el procedimiento de clarificación por el reposo. Estos repetidos trasiegos son garantía segura de alejar por largo tiempo el peligro de rancidez. Al principio han de mediar pocos días (veinte ó treinta) de trasiego á trasiego, á causa de que las impurezas, entónces más abundantes, descienden al fondo con cierta celeridad relativa, y de que no conviene que permanezcan mucho tiempo en contacto con el aceite bueno; pero á contar desde el tercer trasiego puede prolongarse por algunos meses el intermedio de uno á otro.

Excusado parece advertir que estas operaciones demandan un ligero aumento en el número de depósitos, á fin de practicarlas desahogadamente con las varias clases de aceite; y para mayor facilidad deben llevar aquellos llaves de fuente á diversas alturas, que permitan sacar progresivamente las capas superiores que son siempre las primeras en ponerse claras. En gracia á la economía pueden servir, en esta clarificación por el reposo, las mismas pilas ó tinajas del almacén, mientras se trabaje á la temperatura ordinaria, ó, aunque esté más alta, con tal que en el mismo local no haya almacenado aceite ya clarificado. Mas si le hay, conviene maniobrar en departamento

separado, porque los aceites, que se conservan bien en una atmósfera fresca, predispónense á la rancidez sometidos á temperaturas relativamente altas. Esto presupone en verdad algun aumento en los gastos de instalacion, aumento que se halla compensado por las ventajas de ejecutar todas las maniobras con entera libertad é independencia, y de no correr peligro, á causa del calor, los aceites del almacen.

Los andaluces han sido los primeros en España que han sentido tempranamente la necesidad de acelerar, mediante el calórico, la aclaracion ó *descuelgue* (como ellos dicen), acaso por abundar en su país las calidades de aceites gordos, que si no han descolgado ó soltado gran parte de sus impurezas no pueden ser lanzados al mercado sin menoscabo de su precio. Aunque sea atendible la razon de poder vender pronto, la principal y más poderosa estriba en la necesidad de librar sin tardanza á los aceites de la presencia de las substancias mucilaginosas y albaminoides, las cuales presto tienden á alterarse y á transmitirles su alteracion ó rancidez. Vuélveles el calor mas flúidos, y esas materias extrañas á su íntima composicion hallan de esta suerte mayor facilidad en separarse y precipitarse al fondo de las vasijas.

Medio de calefaccion muy usado en Andalucía es rodear de orujo fresco y caliente ó recién salido de la prensa las tinajas llenas de aceite. Tan mal concepto tiene formado de esta operacion el Sr. Villaverde que no vacila en decir que «Los mismísimos ángeles caidos escapados de los profundos infiernos no hubieran podido dar una conseja mas desatinada. El consabido orujo con que *arropan las tinajas* (este es el término usado) hubiera sido mejor empleado en arrojar al inventor que concibió tan funesta idea, para que la idea y él hubieran quedado en la cloaca en que convirtieron unos sitios que deben resaltar por su limpieza, aseo y buen olor.» Aunque primitivo este método y poco recomendable, no es con todo tan desastroso que tales invectivas merezca; y sin duda hay exageracion en achacarle «que no se verá un almacen en que se tenga orujo, y por consiguiente orujo ácido podrido, hediondo, por muy poco

tiempo que haya tenido de permanencia en él, en que el aceite, por muy tapado que se halle, no participe del gusto que se mastica en el espacio del local.» Aquí en esta isla consumimos como combustible en las calderas de los molinos el orujo fresco, y guardamos el sobrante para la campaña siguiente; y ni el fresco, ni el pasado, ni el añejo, están podridos, ni despiden hediondez; por lo cual buenamente se deduce de las sentidas exclamaciones del autor ántes citado, que la realidad debe ser que los almazarreros andaluces tienen muy descuidada la policía, y que en la suciedad general toma naturalmente el orujo activa participacion.

Otro método de calefaccion andaluz, no ya peculiar de los cosecheros, sino mas bien propio de los almacenistas al por mayor de Málaga y Sevilla, consiste en meter dentro de las tinajas llenas de aceite calentadores cargados de carbon encendido, invencion de Lucifer, como muy acertadamente dice el Sr. Villaverde, para dar á los aceites el martirio de S. Lorenzo. Despues de haber censurado en otro capítulo la accion directa del fuego sobre la pasta de aceitunas por el olor y sabor ingratos que adquiere el aceite, claro está que solo censuras ha de merecer tambien de nosotros ese método basado únicamente en la misma accion directa del fuego.

En algunos puntos del mediodía de Francia echan en el pozuelo que encierra el aceite escaldado ó de segunda clase, otro tanto ó doble de agua hirviendo, y revuelven la mezcla á fin de distribuir uniformemente el calor. Con esto adquiere mayor fluidez el aceite, sepáranse más facilmente el mucílago y los residuos coagulándose las materias albuminoides, y queda desde los primeros momentos bastante limpio y claro. Pero échase de ver desde luego que este procedimiento, que puede aceptarse como auxiliar recién salido de la prensa el aceite, no constituye un verdadero método de calefaccion, ni puede reemplazar tampoco á la clarificacion por el reposo.

Justamente desechados los procedimientos anteriores, queda como único aceptable el de estufas, caloríferos, chi-

meneas, braseros, etc.; y como tan solo se trata de elevar la temperatura de 28 á 32 grados centígrados, hasta bastará en algunos casos calentar el local haciendo que le atraviese la chimenea del hogar, de modo que aproveche el calor que por ella se pierde. Una sala especial, capaz sin pecar por grande, responderá mejor que el almacén para acelerar el descuelgue de las materias albuminosas y extractivas, como quiera que con ménos calor se logrará mantener la atmósfera á la debida temperatura.

Como sea, deben tenerse perfectamente limpios los depósitos, pues en balde se clarificaría el aceite, si, descuidados estos, le habian de comunicar mal olor ó mal sabor. Por eso apénas queda trasegado el aceite claro, se sacan tambien los aceitones ó aceites gordos y túrbios del fondo, y acto continuo se lava y friega el depósito con lejía y después con vinagre.

Miéntas permanece el aceite en los depósitos de clarificación, ha de impedirse la libre entrada y renovacion en ellos del aire y de la luz, observando al efecto las mismas reglas que se aconsejan respecto del que está ya almacenado. Cuán perniciosos efectos causa la accion de estos dos agentes físicos, expuesto queda al tratar de los caracteres del aceite.

Es de advertir, en fin, que aun cuando se recurra al descuelgue acelerado con el auxilio del calórico, no por esto se queda exento, para mayor seguridad, de alguno que otro trasiego de tarde en tarde en el almacén. Pues ha de tenerse entendido que el reposo, favorecido ó no por el calórico, no clarifica por completo, sino que deja siempre en el aceite cierta cantidad de materias extrañas que han de irse eliminando paulatinamente, si no se quiere aislarlas desde luego por otros procedimientos mas enérgicos.

(Se continuará.)

JOSÉ MONLAU.

MARINA.

(A. A. G. y A.)

Elévanse sobre el mar por la parte de Poniente hileras de inmensos peñascos verticales, en cuyos bordes crece el pino solitario, condenado como un precito á mirarse siempre sediento en los cristales movedizos.

¡Ay de la nave que dirija en la noche su proa hácia aquellas moles impenetrables; ay del náufrago que levante hácia ellas su brazo lívido y sangriento!

De las quebradas cumbres parece elevarse una voz solemne:

«Sólo el que tiene alas anidará en mi seno.»

El alba se levanta, el mar azulea; y un pequeño enjambre de palomas del color de la nube borrascosa, traspone, avanzando con pausado vuelo, la erizada línea de la costa.

Ved destacarse sobre el cielo sus alas manchadas de negro, como si en misteriosa ascension hubieran sumergido sus puntas en el cielo de la noche, y sus cabezas claras como heridas por un mismo rayo de luz ideal.

Al ver que se corta y hunde el suelo bajo sus piés, agolpándose la selva sobre un abismo líquido sembrado de escollos, buscan dónde posarse, y voltean hiriendo con sus plumas el haz de la roca. Alguna avanza aún, embriagada en su propio vuelo; mas se vuelve con sorpresa al echar ménos junto á sí el aleteo de sus hermanas.

Una negra zarza, nacida al acaso junto á unas grietas de la altura, se inclina y cimbreo bajo los rubios piés de las viajeras.

¿Á dónde irán?

Al rumoroso burbujeo de las orillas, eflorescencia de iris infinitos, y al suspiro apagado de olas y pinares, mézclase el misterioso lenguaje de las palomas:

«Anidemos aquí, hermanas, en este albergue solitario, donde amigo ni enemigo sospechará nuestra dulce existencia.

»Aquí no hay sombras ni espesuras que oculten al cuervo, y al milano traidor que nos persigue.

»En el mar no hay sombras; en el mar todo es luz y libertad.

»Veremos levantarse sol y luna, húmedos y calientes de su nido de las aguas; su primer rayo enjugará en nuestra morada el rocío amargo de las borrascas.

»Veremos con angustia erguirse la ola gigantesca, envidiosa de la gota serena que se eleva del seno del mar en el seno de la nube.

»Veremos saltar el delfin sobre el agua tibia y sosegada, y relucir su escama á la luz de las estrellas.

»Veremos brotar á lo léjos, al beso de las mañanas de estío, coloradas campiñas, de flores de luz, entre brumas.

»Veremos arrojarse y morir bajo las aguas la culebra de fuego de las tormentas, y saltar á su fulgor un polvo de oro de las crestas espumosas.

»Cuando de más allá del mar arriben á nuestra costa, saludaremos las primeras á las amorosas golondrinas, que aturden y acosan con gritos delirantes al halcon que nos persigue.

»Bellos son los naranjales del valle y el tranquilo espejo de la gruta; pero ellos ocultan los hilos que han de aprisionarnos, y el dardo que ha de herir nuestras entrañas.

»El eterno arrullo de los espíritus del mar, defenderá de traidores oídos nuestros arrullos solitarios.

»En el mar no hay sombras; en el mar todo es luz y libertad.»



Y anidaron y vivieron felices largo tiempo en el albergue marino.

Miradlas: la una se espereza, al amor del sol, sobre la rama que circunda su morada; la otra roza con su pechuga las móviles aristas del oleaje, escudriñando con ojos curiosos los senos verdinegros; la otra sube en espiral hasta zambullirse en el azul del cielo...

Así los séres nacidos al calor de las alas inmortales que abrigaron la cuna de Homero, descienden á penetrar los secretos de las almas, ó se lanzan á sorprender las misteriosas armonías de las constelaciones.

Mas cuando el astro rojo asoma sólo la mitad de su disco, como un inmenso pórtico sobre el pavimento del mar; cuando los peñascos, tropa de negros eunucos guardianes de un eden encantado, surgen vencedores de los remolinos de espuma, coronado el cabello de chispas diamantinas; y el coloso rebelde lame otra vez humildemente los jaspeados arneses; cuando los cuervos marinos, en fila á lo largo de la baja cadena de escollos, destacan, inmóviles, las oscuras siluetas sobre un fondo violado, hora en que todo palidece y medita;.. entónces, las palomas se recogen y duermen.

Así los pensamientos de la vírgen enamorada que acaso vagaban esparcidos, á esta hora, en que suenan las campanas de las ermitas, se reúnen, para convertirse en un solo perfume en el sagrario de los recuerdos de amor.



Alguna vez, al acariciarse descuidadas en el fondo de sus nidos, ven chispear de repente á su lado los anillos de unos ojos sangrientos, y entreabrirse un pico voraz... ¡Es el halcon que ha sorprendido, al pasar, los secretos arrullos! Pero en vano alarga su cuello hácia ellas, y oprime forcejando las alas contra los bordes estrechos que le rechazan.....

Imágen del negro infortunio, conjurado por la santa paz del hogar cristiano, retrocede furioso; vacila un instante su sombra gigantesca sobre el espejo del mar, y se lanza á

evaporarse allá en el éter diáfano, donde las águilas blancas parecen sutiles medias-lunas.

En tanto suena otra vez en la oculta morada como un apagado y ronco murmullo de besos y bendiciones.



Pero el mar es estéril. Preciso es que se aleje la madre, tierra adentro, en busca de alimento para sus hijuelos.

Anochece, y las palomas se agrupan en torno al palomar. Una sola falta; sus palominos se agitan hambrientos sobre el lecho de briznas.

Vedla ya: trémula llega y con los ojos turbios. Introduce con su pico un grano de trigo en otro pico más tierno, que viene piando hácia ella: mas su ala herida gotea sangre. Cae, y flota extendida sobre el agua.

Aleteó sobre ella sin despertarla un amor viudo y sin consuelo.

Las olas la han llevado. Sus hermanas huyeron; los nidos quedaron vacíos: pero otras familias han venido á habitarlos.



¡Los nidos!... ¿Qué corazón infantil no palpita con alborozo á la idea de un nido, anhelo el más apasionado, ilusión la más dulce y mágica de las ilusiones y anhelos de la inocencia?

Cuando el pensamiento tierno aún, mariposa de alas débiles, pez de oro encerrado en un globo de cristal, circula reducido al horizonte que dominan los balconillos del hogar, entónces emplea lo más delicado y sutil de las armonías y colores en germen con que ha de inundar después ideales sin término, para imaginarse los misteriosos graneros de un hoyo de hormigas ó el fondo de un nido pendiente en lo alto de una peña; únicos mundos que según él se extienden más allá del mundo de la mirada.

¿Por qué tan pronto la mariposa se convierte en águila, de alas más fuertes pero menos brillantes y aéreas? ¿por qué tan pronto se desborda el agua matizada del globo de

vidrio, y el pez de oro se espacia por un océano oscuro y sin fondo, en persecucion de sueños imposibles? . . .

.



Al volver algo triste de mi corto viaje, mi buena prima, recogiendo una impresion pasajera, he escrito para ti estas líneas, débil nota perdida del gran poema del mar.

¿No has visto tú esos grandes peñascos de nuestra costa, en cuya cerrada y escueta superficie parece que ningun sér puede ocultarse? Siempre impassibles y sombríos; ni truenos, ni vientos, ni tempestades les arrancan un eco solamente: pasa una nave; el viajero silba y agita su pañuelo, y brotan y se esparraman numerosas colonias de palomas y golondrinas, que aturden un momento con sus gritos de espanto los dilatados horizontes.

Á bordo del *Jaime I*—1876.

JUAN ALCOVER



LA PLAZA DE TOROS.

La plaza de toros es un edificio redondo, levantado para las corridas de toros, y, sin embargo, algo más hay allí cuando oímos á muchos que dicen:—la plaza me gusta; los toros no.—Esto demuestra que ademas de los toros hay otros atractivos en la plaza, y que esta merece capítulo especial, en que se comprendan todas las delicias del circo.

Grandes deben de ser cuando seducen hasta á aquellos á quienes los nervios no permiten saborear la sensaciones de la lidia.

¿Qué hay en aquel recinto que así atrae á los aficionados á los toros y á los que no lo son? Es muy fácil de explicar: en la plaza de toros encontramos lo que en ninguna otra parte, un sitio en que descansar de la civilizacion.

Habréis oído decir que en el extranjero, en toda reunion numerosa hay un departamento destinado para fumar, en donde se relajan las formas severas de la etiqueta; nosotros, que fumamos en todas partes, tenemos como sala de descanso la plaza de toros. Es para nosotros una sombra en el sol implacable de la civilizacion.

Sentiría que interpretasen la frase en el sentido irónico porque la digo en el literal, como suena.

Nadie puede negarme que todo cansa, desde la gallina hasta el orden público. ¿Quién es capaz de resistir siempre sobre sus facciones la careta de la amabilidad?

¿Quién no se aburre de quitarse el sombrero á cada mujer equívoca, á cada personaje ambiguo, á cada rico inverosímil, á cada eminencia nueva que encuentra al paso?

¿Quién no se cansa de tanto besar manos y piés?

¿Quién no se cansa de oír tocar el piano, la campanilla y la trompeta de la fama?

¿Quién no se cansa de oír cantar arias, palinodias y discursos?

¿Quién no está cansado de la economía política, y más aún de la doméstica?

Hasta la prosperidad pública, rebosando en levitas, carruajes y palacios, cansa con su brillo, y hace que preferamos al cuerno de la abundancia cualesquiera otros cuernos. Pues ese sitio en que no hay derecho internacional, ni cuestión de Oriente, ni oficina, ni telegramas; esa sombra bajo el cielo terriblemente terso de la civilización es la plaza de toros. En ella cada fisonomía pregona los sentimientos del corazón, y todos hablan á la vez, sin perjuicio del axioma de que *de la discusión brota la luz*, aplicable principalmente en el tendido de sol.

En aquel rincón circular del mundo esférico, está la libertad, la soberanía individual, que es más que la nacional. La libertad del pensamiento al aire libre me permite derramar á voces mis censuras á la autoridad, que no tiene oídos ni manos por tan poca cosa. Sale un picador que hace una barbaridad, y grito:—¡Animal!—Ningun picador de toros se ha dignado nunca entablar una querrela de injurias. Si un banderillero hace una inconveniencia, puedo gritar al toro—Mátale—y no se levanta el baston de ningun juez. Si queda muerto en la arena algun hombre, no llaman á declarar á los circunstantes, porque es el único muerto que no recoge la justicia. Aquí la muerte de cornada es como cualquiera otra natural. Lo mismo enterramos á un hombre si el certificado del facultativo dice: falleció de *colitis*, que si dice, murió de cornada pulmonar. Todos los españoles gozamos del derecho de morir á las astas del toro, sin que nos puedan molestar despues por haber hecho uso de ese derecho ilegislable. Allí todos los derechos naturales son ilegislables: el de correr la sangre, el de soltarse la corbata, el de comer, el de beber, el de gritar, el del odio, del entusiasmo, el derecho de tirar el sombrero, la petaca, el bolsillo. Aquel es un sitio exento de leyes, aunque haya bando, hasta de las férreas leyes de la civilización. He ahí el mágico atractivo de la plaza de toros,

que gusta hasta á los que condenan los toros. ¿Y cómo, si tienen ojos, no les ha de gustar aquel mosaico humano de pañuelos azules, verdes y amarillos; de calañeses, hongos y chisteras; de fajas coloradas y mantillas blancas, y chaquetas de alamares; de abanicos que dan aire, y de botas de vino que se empinan y circulan; de cabezas, de manos, de piés, y todo en movimiento, en el movimiento de la ebullicion, que ofrece el espectáculo de la vida en su mayor temperatura, evaporándose en chistes, en insultos, en carcajadas? La electricidad centellea en aquella atmósfera, en que no revolotean pesares ni recuerdos. ¿Quién se acuerda de nada ni de nadie ante la puerta de un toril, que va á dar salida á una tempestad de sensaciones en el ímpetu de una fiera esperada con ansia? La plaza de toros es un paréntesis, el descanso por el olvido. Ante la arena por que van á rodar hombres y caballos, en el ambiente preparado para la sangre, se evaporan las ambiciones, la sed de oro; allí no queda más sed que la de agua, más sentimiento que el palpitante. Ni el amor tiene cabida en aquel sitio más que como incidente de entre-acto ó de entre-toro, y siempre ligero, audaz, sin el deber de la constancia, salteador, que choca contra la tosca aspereza de la desenvoltura de la virtud. La virtud se presenta allí como es, sin barniz; se defiende con el diente; no baja la voz; contesta con los cinco dedos; y triunfa, triunfa siempre, porque á su lado está el pueblo, caballero andante amparador de viudas y doncellas, noble y generoso, aunque alguna vez equivoque los gigantes con los molinos.

Todo lo del siglo que penetra en la plaza de toros, se transforma, y, para mayor encanto y más regenerador alivio, hay muchas cosas que no penetran en el circo. A la puerta deja su fama el hombre de estado, porque ¿cómo quien ha empeñado la sábana para ir á los toros ha de volverse para admirar al que duplicó la deuda? El héroe por fuerza se borra en aquel recinto, en que no reconocemos más valientes que los que bajan á la arena. Entre aquellos escalones de multitud nadie descuella, nadie asombra, no hay más grandeza que la de *Lagartijo*, no hay más

discursos que el brándis de *Frascuelo*, no hay más espada que la del *Gordito*: fuera de la cuadrilla todo es pueblo; allí descansamos en los motes hasta de los apellidos.

La muchedumbre ruge impaciente contra el tiempo, que anda despacio. La avidez, como el hambre, presiente la hora, y todas las miradas se fijan en el palco de la presidencia; se abre la puerta, y aparece la autoridad, que es saludada con una salva de aplausos. El entusiasmo fluye con espontaneidad, los sentimientos expansivos rebosan, y hay para todos, hasta para el alcalde, sólo porque llevaba el reloj cinco minutos adelantado. Allí no se alambica si el reloj y el alcalde son dos piezas, se aplaude al alcalde con todos sus menesteres. Se descansa hasta de las sutilezas.

La autoridad examina los hierros, y retira algunas varas. Otra salva de aplausos saluda á la justicia recta, que recibe el homenaje con la gravedad de un juez expuesto á ser silbado, sin que pueda reclamar por desacato.

El piquete de caballería penetra por un porton, y dando una vuelta, arrolla á la multitud mansa, que, sin miedo ni coraje, se retira ante la fuerza armada, que es sólo un lujo de la funcion que llamamos bárbara.

Despues aparece la cuadrilla, radiante de oro, plata y colores, derramando gallardía por las costuras, por los codos, por los bolsillos de *los muchachos* que saben envolverse en el capote sin cubrirse, esencia de una raza que con la capa se quita el frío y el calor, se sacude las moscas, espanta á los chicos, enamora á las muchachas, burla á los corchetes, tapa los descosidos y echa á un lado al toro. Allí se descansa hasta de las malas fachas.

Detras de la cuadrilla van las mulas, con más borlas que claustro pleno, sacudiendo el penacho, que embebe las orejas, y el fleco que cubre la nariz roma, porque allí sabemos lo que se ha de tapar, y cómo se disimulan con gracia las facciones de jumento.

Los ojos se deshacen entre aquel grupo, hasta que el ministril, montado en la espina de un caballo, inclinado hacia las crines en que hunde los dedos, volándole las ho-

palandas, semejante á un aguilucho que clava las uñas en un jamelgo para que no se le escape ántes de morirse, lleva la llave del chiquero, y cruza las escabrosidades del redondel erizado de pullas y silbidos, que el potro salva á saltos no previstos en la alta escuela del jinete. ¿En qué otro sitio, fuera de la plaza de toros, puede gozar un español del placer de silbar á un ministril, de verle perder los estribos, y casi á las astas del toro cuando quiere retirarse, cumplida su mision, y á talonazos no consigue que trote la sombra del caballo, y sufre la horrible pesadilla de un sueño en que no obedecen las piernas cuando hay que correr mucho? El pobre diablo cree oír los goznes de la puerta del toril, cree ver entre nieblas una sonrisa universal en doce mil caras de herejes, en doce mil bocas con unos colmillos muy grandes; y la cuadrilla que no acude, y el porton que no se abre, y el redondel que crece, alejándose las orillas, y el cencerro que dobla á difunto, y una voz descomunal, que, sobrepujando al estrépito, grita:—que te coge.—Allí las paga todas juntas, las suyas y las ajenas, en persona y en efigie. Dirige una mirada de angustia á la presidencia, y en los labios del alcalde, contraídos por la risa, le parece oír aquel horrible—*Por aquí me las den todas*.—Con esfuerzos inauditos llega á la rendija que le abren, al mismo tiempo que el toril, y se inclina hacia la abertura, y adelanta las manos crispadas para salvar á lo ménos lo principal. Bien merece todo eso los reales de la entrada.

Observad los carteles, y veréis que dicen: la funcion empieza á las cuatro y media, y las puertas de la plaza se abrirán á las dos. A esta hora empieza la funcion de la plaza, que no es, en rigor, la funcion de los toros.

El picador, electrizado, se adelanta con impavidez hasta la fiera, que le mira; se coloca en suerte, empuña la pica, y hace culebrear la rienda pendiente. El toro sacude la cabeza, da tres pasos atras y se pára. El picador clava los acicates, da tres pasos de frente y se pára. El toro se echa arena á los hijares. El *maestro*, á dos pasos, con el capote en el brazo y la mano en la cintura, mira aquella

cosa tan natural. El toro da otro paso atras, y el picador, con un golpe de garrocha en la cabeza del caballo, vuelve grupas á la fiera, y, sin mirar si le sigue, se retira para dejar el turno á otro picador, que no se pára hasta el centro del redondel. Tira el sombrero y cita al toro, en un silencio general, suma de todos los silencios individuales, fenómeno que con campanilla y todo no ha tenido aún lugar en parlamento alguno. La fiera arremete, y rueda un lío de hombre, caballo y toro. Esto dura poco; se tiran los chulos, sale el toro tras de un capote que le trastea, y, arrollándose el diestro al cuerpo, que quiebra, deja pasar al bicho, cuando el picador en pié bate palmas. Suenan voces, cencerros, manos, maderas, timbales; ¡bravo!, esa es la sangre árabe. Para que suprimamos los toros, no basta que nos prediquen, es preciso que nos sangren.

¡Qué barbaridad!, exclamó uno en el tendido, y un chispero de calañes ladeado, de pantalon de campana y patillas de chuleta le dijo con la gravedad de un filósofo y la conviccion de un creyente: señorito, yo he visto muchas medias corridas sin *cogida*, y nunca he votado que no haya habido muerto y palos. Todos soltaron la carcajada, porque los toros son ántes que los principios. En la plaza todo pasa ménos el chiste falso, el valor falso y la estocada falsa.

Un hombre con la muleta en la mano se adelanta hacia el toro con el mismo aplomo que si fuese á tomar agua bendita, le presenta el trapo, y hace pasar á la fiera por donde más le conviene; pero siempre cerca, muy cerca. Aquel trapo envuelto en un palillo es un sofisma que engaña al toro y suspende á la multitud, como todos los sofismas. Este, sin embargo, requiere más alma que los que arrojan desde el olivo; por eso el público le prefiere á todos los argumentos.

El juego de ese instrumento á que llamamos muleta, es más que jugar con fuego: he ahí por qué arrebatá los ojos templados á la lumbre del sol del medio día. En los círculos que describe el paño húmedo por el resoplido del toro, hay algun fluido que electriza; aquellos pliegues sacuden

un vapor que se sube á la cabeza. El toro se pára, la mula se tiende, reluce un estoque, se estremecen los dos seres de aquel grupo, que se avalanzan el uno contra el otro, y el *maestro* se retira limpiando la espada; el toro da dos pasos y se desploma. Que vengan los pintores de allá... á pintar esas actitudes, esa arremetida, ese polvo, ese bufido, esa multitud que no está sentada, ni de pié, ni en cuclillas. Eso es exclusivamente nuestro, lo que no saben hacer los extranjeros ni pintado. Allí se descansa de traducciones, y nadie traduce ni imita el acercarse al toro, el entusiasmo, los dichos, las actitudes, la sal, los trajes, el sol y la sombra de la plaza de toros. Allí no penetra nada de fuera; hasta el aire que se respira es sin mistura de otros ambientes. Los soldados de Napoleon pisaron toda la tierra de España ménos la arena de la plaza de toros; asaltaron nuestras murallas, pero no saltaron la barrera. Yo creo que Pepe Botellas se fué porque no le gustaron los toros.

El público, al ver que el toro dobla los corbejones, tira á la arena cigarros y petacas, y grita—Que se lo den.—Es un pueblo espléndido que da lo propio y lo ajeno, y pide un toro de gracia.

El cartel anunció seis, y se han corrido siete. La autoridad dió el permiso, el empresario el toro, la cuadrilla los capotes, y entre dos luces salen todos revueltos, alegres, por las puertas de la plaza para irse á pié, en carrozas, en calesines, á cenar unos, á comer otros, á almorzar muchos.

No hubo *cogida*. Es muy cruel que muera un hombre por divertir á un pueblo; confieso que es casi tan bárbaro como que mueran dos mil hombres para encumbrar á dos ó tres ambiciosos. Suprimamos por órden de mayor á menor.

La plaza de toros progresa como todas las cosas. El redondel está ocupado por otras diversiones más suaves. A veinte metros de elevacion sobre la dura tierra pende un trapecio, en el cual un hombre, prendido por la nuca con toda la gallardía de un ahorcado, toca el tambor. El pliegue del cuello puede deshacerse, ceder una vértebra: es la barbarie sin la sal de Andalucía. A esas funciones el

Santo Hospital no manda camilla porque basta una puerta.

Pero hay más: en el redondel hinchán un globo, y, al desprenderse, vemos, ¡oh sorpresa!, que en vez de barquilla lleva un trapecio, en el cual el aeronauta hace planchas hasta perderse de vista. Esto es más que el *trapecio aéreo*, es el *trapecio celeste*. Tan admirable espectáculo se sale de la plaza de toros por su propio peso.

Pero hay un síntoma inefablemente consolador, que anuncia una revolucion en los espectáculos de circo: las plazas de toros han abierto ya sus puertas á las reuniones políticas.

Ahí dejo esa esperanza á los filántropos.

Será el último progreso de la plaza de toros.

FRATES.

SILVIO PELLICO.

DEVERS DELS HOMENS.

PARLAMENT Á UN JOVENSÁ.

(VERSIÓ CATALANA.)

(Continuació.)

V.

PRÓPOSIT SOBRE RELIGIÓ.

Les consideracions anteriors y aquell sens fi de proves qu' están á favor del Cristianisme y de la nostra sola Es-
glesia, t' han de fer repetir semblants paraules, t' han de
fer dir resoltament:

«Res vull saber de tots aquells arguments sempre buyts
»y especiosos que atacan la meua religió. Veig qu' es men-
»tida qu' ella s' oposi á la saviesa; veig qu' es mentida que
»no més fos bona pe 'l temps primer y nó per are, ja que
»havent convengut á la civilisació asiática, á la grega, á
»la romana y als diferents estats de la mitjana edat, també
»va convenir á tots los pobles que després de la edat mit-
»jana tornaren civilisarse de bell nou, y avuy en dia convé
»encare á les inteligencies més clares y elevades. Veig que
»desde 'ls primers heresiarques fins á la escola de Voltaire
»y 'ls seus companys, y fins als san-simonians d' avuy en
»dia, tots se son alabats d' ensenyar cosa millor, y no ho
»han conseguit may.—¿Y donchs?—Donchs, ja que jo m'
»avan d' esser inimich de la ignorancia y amich de la sa-

»viesa, m' avan també d' esser católich, y compatesch
 »aquells que 'm fan befa, y 'm volen confondre ab los su-
 »persticiosos y fariseus.»

Quant hajes fetes aquestes reflexions y tal protesta, sies fort y no 't mogues. Honora la religió tant com podrás ab los teus afectes y enginy; professa la devant creents y devant descreguts; mes l' has de professar, nó cumplint freda y materialment les prácticues d' esglesia, sino animant aquesta observancia ab nobles pensaments, alsant te á admirar la altesa dels misteris, sense pretendre volerlos esplicar; penetrant te de les virtuts que d' ells provenen, y no olvidant are ni may que en les pregaries la adoració tota sola de res val, si no 'ns proposam adorar á Deu ab totes les nostres obres.

Alguns enteniments veuen el resplandor de bellesa y veritat de la religió católica; senten que cap filosofia pot esser tan filosófica com ella, tan contraria á tota injusticia, ni tan amiga de tot lo que pot aprofitar al home; y no obstant seguexen la mala corrent, viven lo mateix que si 'l Cristianisme fos cosa propia de gentussa, y no hi tengués res que veure l' home sabut y ben criat. Aquests tenen més culpa que 'ls descreguts de bon de veres; y no 's que no n' hi haja ben molts.

Jo, que vaig esser d' aquests, sé la pena que costa surtir d' aqueix estat. Si tú hi cayguésses, fé 'l á n' aquest esfors per surtirne. No 't fassa res la befa d' altri, quant sia cosa de confessar sentiments dignes; y no hi ha més digne sentiment qu' aquell d' amar á Deu.

Y en cas de que haguesses de passar desde les falses doctrines ó de la indiferencia á una sencera professió de fe, no dones als descreguts l' escandalós espectacle d' una ridícula hipocresía, ó de lo que 'n deym escrúpols de Fra Gargay; sies humil devant Deu y les criatures, sens olvidar may la teua dignidat d' home, ni renegar de la sana rahó. La rahó qu' engendra ergull y avorriment es la sola contraria al Evangeli.

VI.

FILANTROPIA Ó CARITAT.

Solament per medi de la religió l'home sent el dever d'una pura filantropia, d'una perfeta caritat.

Aquesta paraula *caritat* es admirable, y la de *filantropia*, en que molts de sofistes n'hajan abusat, es també santa. L'apóstol se n'es servit per significar l'amor de l'humanitat, y encare l'aplicá á n'aquell amor de l'humanitat qu'está en Deu meteix. Llegeix, sino, la Epístola á Titus, c. III: «Quant aparegué la bondat y la filantropia del Salvador Deu nostre.....»

L'Omnipotent estima 'ls homens, y vol que cada un de nosaltres los estim també. Ja hem dit que no es possible esser bons, ni estar contents, ni estimarnos, si no l'imitam á Ell en generós amor, desitjant virtut y benestar al germá prohisme, y fent li tot aquell be que poguem.

Aquest amor inclou casi tot el mérit humanal, y fins y tot es part essencial del amor qu'á Deu devem; axí ho demostran molts de sublims passatjes dels sagrats llibres, y notablement aquest qui ve:

«El Rey dirá á n'aquells qu'estarán á la ma dreta: Veniu, beneyts de mon Pare, á possehir el regne que 'us está preparat des que 'l mon es mon. Vaig tenir fam, y 'm donáreu qué menjar; vaig tenir set, y 'm donáreu beure; vaig esser estern, y 'm dáreu posada; tot nuu, y 'm vestíreu; malalt, y 'm visitáreu; presoner, y 'm féreu companyia.—Responguent los justs, llavors dirán: ¿Senyor, y quant va esser que vos vérem afamegat y vos alimentárem; assedegat, y vos donárem beure; estern, y vos donárem cobro; tot nuu, y vos vestírem; malalt ó presoner, y vos férem companyia?—Y los respondrá 'l Rey: Dichvos en veritat, cada vegada qu'axó heu fet per un d'aquets germanets meus, per petitet que fos, per mi ho heu fet també.» (S. Math., c. XXV.)

Hem de formarnos en nostre enteniment una imatge elevada de l'home, y procurem assemblarli en tot. ¿Qué dich are? Aquesta imatge bé la dona la nostra religió, y ¡de quina excelencia! El qu' ofereix per imitarlo es l'home fort y pacient de tot, l'inimich irreconciliable de l'opressió y de la hipocresía, l'amich de son prohisme, que ho perdona tot, fora la malesa impenitent, aquell que pot y no vol venjarse, que s'agermana ab los pobres y no blastoma 'ls venturosos de la terra mentres recorden que 'l pobre es germá d'ells; el qu' estima 'ls homens, no per lo que saben ó prosperan, si no pe 'ls sentiments de son cor, y per les seues accions; es l'únich filosof en qui no 's troba la més petita mácula; es la plena manifestació de Deu en un ser de la nostra especie; es l'Home-Deu.

Qualsevol que tenga en son enteniment una idea del home tan digna y acabada, ¿ab quanta reverencia no mirarà la humanitat? L'amor es sempre proporcionada á l'estimació; per ben amar la humanitat, cal tenirla en molta estima.

Altrement, aquell qui forma del home una imatge mesquina, innoble y vaga; que 's complau de mirar les criatures com si fossen remat d'animals mal entenents y plens d'astucia, nascuts just per menjar, reproduirse, moure 's y tornar pols; que no vol veurehi res de gran en la civilització, ni en les ciencias y arts, ni en l'enqueriment de la justicia, ni en la eternal tendencia nostra envers lo bell, lo bo y lo divinal, ay! ¿quin motiu ha de tenir de respectar de bon de veres son prohisme, d'estimarlo, de menarlo á conquerir la virtut, de sacrificarse per esserli profitós?

Per ben amar la humanitat, es necessari saber mirar los seus vicis y flaqueses sens escandalisarse.

En véurela ignorant, pensem qué té de molt guanyat l'home, qui pot fugir de tanta ignorancia usant del seu enteniment. Pensem qué té de molt guanyat l'homé, fins y tot en mitx de sa ignorancia, poguent practicar altes virtuts socials, valor, compassió, agrahiment, justicia.

Tots aquells que may van derrera instruirse, que may obran la virtut, no son lo que 's diu la Humanitat. ¿Son

perdonadors? ¿y fins á quin punt ho son? sols Deu ho sab. Tenguem entés que cadascun haurá de donar conte de la cantidat qu' haurá rebuda.

VII.

DE BEN ESTIMAR L' HOME.

Contemplem en la humanitat á tots aquells que, demostrant ab sos actes sa grandesa moral, nos mostran lo qu' hem de voler nosaltres esser. Tal volta no 'ls igualarém en fama y gloria; mes axó no fa cas. Sempre serém á temps d' igualarlos en mérit interior, vol dir, en cultura de nobles sentiments, en dia que no serém homens orats ó de poch seny, y quant la nostra vida, dotada d' enteniment, haurá passat allá d' allá de l' infantesa.

Quant nos ve tentació de menysprear la humanitat, en veure ab nostres ulls ó en llegir á la Historia, ses numeroses errades, posem esment als venerables mortals que també en la Historia resplendexen. Aquell curt de geni, si bé generós Byron, me deya qu' aquest era 'l sol remey que 'l curava de misantropía:

«El primer gran home, (m deya), que 'm ve á la memoria, es sempre Moises; Moises qu' enalteix un poble avilit, que 'l salva de l' afronta, de l' idolatría y de la servitut; que li dicta una lley plena de saviesa, vincle admirable entre la religió dels patriarques y la dels temps civilisats, qu' es l' Evangeli. Les virtuts y les institucions de Moises son el medi ab que la Providencia fa en aquell poble grans homens d' estat, valents guerrers, generosos ciutadans, sants guardadors de la justicia, cridats á profetisar la cayguda dels hipócrites y superbiosos, y la futura civilisació de totes les nacions.»

«Considerant de tal manera alguns grans homens, y sobre tot el meu Moises, (segua Byron), repetesch sempre entusiasmat aquell sublim verset de Dante:

»Che di vederli, in me stesso m' esalto!

»y llavors torn mirar ab bons ulls aquesta carn d' Adam y
»les ànimes en ella contengudes.»

Aquexes paraules del gran poeta ingles romanguéren fortment gravades en mon esperit, y confés que moltes vegades m' es anat molt bé de fer com ell, quant m' es venguda la lletja tentació de la misantropia.

Los grans homens de bé d' en temps primer y d' are, bastan per desmentir qualsevol qui tenga mala idea de la naturalesa humana. ¡Quants no s' en véren en la llunyana antiguedat! quants en temps dels romans! quants entre la ignorancia y fosca de la mitjana edat, y en los segles de la civilisació moderna! Allá, 'ls mártirs de la veritat; aquí, 'ls benefactors dels afligits; açí, 'ls Pares de la Esglesia, admirables per sa alta filosofia y ardenta caritat; per tot, valents guerrers, defensors de la justicia, renovadors de la saviesa, sabis poetes, artistes y homens de ciencia.

Ni l' antigor del temps, ni l' alta sort d' aquells personatjes, nos han de fer esmaginar que fossen d' especie distinta de la nostra. No: de naxement no eran més semideus que nosaltres: eran fills de dona; ploraren y patiren com nosaltres; haguéren de lluytar, com nosaltres, contra les males inclinacions; avergonyirse tal volta d' ells metexos, y treballar per vencer se.

Los anals de les nacions y 'ls altres monuments que son romasos no 'ns recordan més qu' una petita part dels homens grans qu' han viscut açí en la terra; y sempre n' hi ha á milenars que, sens lograr anomenada, honoran el nom d' home ab los fruyts del esperit ó ab bones accions, honoran la germandat ab tots los nobles cors, la germandat ab Deu!

Recordar la excelencia y 'l gran nombre de bons, no es ferse ilusions, no es mirar tant sols la bella part de la humanitat, ni negar tampoch que hi haja molts d' orats y dolents. Van arreu los dolents y orats, es cert; y ab tot, hem d' establir:—que l' home pot esser admirable per sa rahó;—que pot no esser dolent;—que, sian les que sian sa instrucció y fortuna, pot á tota hora ennoblirse ab altes virtuts, y que per tals consideracions té dret d' esser ben estimat de tota criatura intel·ligent.

Donantli la deguda estimació, vehentlo com aspira á la perfecció infinita, vehentlo com pertany al mon immortal de les idees, més que no als quatre dies en que, semblant á les besties y á les plantes, apareix subjecte á les lleys del mon material; vehentlo al manco qui surt del estol de feres y diu: «Jo som més que tots vosaltres, y més que tota cosa terrenal que 'm rodeja», sentirém creixer la bona amor que li tengam. De ses miseries y errors n' haurém major pietat, des que recordarém la grandesa de sa essencia. Nos dolrém de que 'l rey de les criatures s' envilesca; procurarém amagar religiosament les seues faltes, y darli la ma perque surta del fanch y retorni á la altesa d' hont caygué; nos alegrarém en veureli conservar sa dignitat, ferse fort contra dolors y oprobis, triunfar de les proves més dificultoses, y ab el gloriós poder de sa voluntat acostarse al Deu que li serveix de bella mostra.

(Seguirá.)

LA VERGE DE PORTALS.

LLIGENDA. (I)

Pedid y recibiréis.

I.

Quinze anys té la jove
Ne té l' hom cinquanta,
Sos ulls ella axeca,
Sos ulls ell acala.

¡Pobre donzelleta
Que al cego acompanya!
¡Pobre hom que l' escolta
Sens poder mirarla!

Camí de una ermita
S' en van cada tarde,
Quant lo sol més crema,
La filla y son pare.

Avuy fa nou dies
Que á la Verge claman,
Avuy fa nou dies
Y 'l terme s' acaba.

Lo pare perduda
Ja sent l' esperança,
De son cor la filla
No vol que s' en vaja.

(1) Esta hermosa poesía, en que se canta una de las tradiciones de la costa poniente de Mallorca, fué premiada en el último certámen de la Sociedad catalanista *La Misteriosa*, 2 de Febrero de este año. (N. de la R.)

«Tres anys fa que no t' he vista,
Li diu ell, filleta aymada,
Tres anys de nit ¡quina pena!
¡Quina agonía tan llarga!

Jo t' anyor, filleta meua,
Més que la llum que 'm fa falta,
Més que les flors delitoses,
Més que del cel l' estelada.

Si may del mon t' hagués vista
Com á l' Angel de la guarda,
Junt ab ell t' invocaria
Sens dolrosa recordança.

Ara jo 't veig nit y dia
Y lo desconort me mata:
Dins la fosca de ma pensa
Gravada 't tinch en imatge.

Quant sent que 't diuen hermosa
Los que per devora 'ns passen,
La sanch se gela en mes venes,
Tinch por que vulgan robarte.

Y cridaria á les hores,
Si axí més no 't reparassen;
No 'm mireu la vida mia
Puix que jo no puch mirarla.

Tres anys de nit, filla meua,
¡Quina agonía més llarga!
Tenir la mort dintre 'ls ulls
Y estar ple de vida encara!»

Ohintlo la pobre filla
Li mira la barba blanca,
Y sens llançar un gemech
Li brollan dels ulls les llágrimes.

D' aquells tres anys d' agonía
Ella 'n veyá la petjada:
«Pare de mon cor, li deya,
La Verge es nostra esperança.

N' hi ha penjats dintre l' ermita
Los retaulets de miracles,

Y jo hi penjaré mes trenes
Quant la vista hajas cobrada.»

II.

L' ERMITA.

Hi há una tosca cova
Devora de la mar,
En forma d' una ermita
No lluny de la ciutat.

Les ones quant s' encalcen
Netejan son rocam,
Y 'l sol tant les esmalta
Que semblan de crestall.

A dintre hi há una Verge
Que 'l minyonet du al braç,
Posada dins la roca
En nitxo natural.

Allí no hi há domassos,
Ni jaspes, ni daurats,
Allí no hi cantan misses,
Ni 'ls goigs de festa anyal.

De vert llorer y murta
Ne té l' entapiçat;
La llantia sola crema,
La llum no minva may.

Los pescadors no dexan
Que l' oli may li falt;
La Verge es sa Patrona,
La Verge de Portals.

Tots los arreus qu' ells usan
Li donan á guardar,
Ningú aquell lloch profana,
La Verge es bon guardiá.

Abans d' anar á pesca
Pregaria humil li fan:

«Ens se 'n anem, li diuen;
Senyora, á Deu siau.

Digaulos á n' els pexos
Que vingan als filats,
Manáu també á les ones
Que guíen be les naus.

Son vostres les barquetes
Y los qui les manam,
Y sempre en les pesqueres
Vos feym aná á la part.»

Los pescadors s' embarcan
Abans de clarejar,
Y fanse mar adintre
La Verge saludant.

III.

MIRACLE.

Era un diumenge de Maig,
Al cel semblava la terra,
Y á la Verge de Portals
Los pescadors feyan festa.

Dintre les rets, d' una branca
De coral n' han feta presa,
Y á la Reyna de la mar
Tots ni fan humil oferta.

«A vos que 'ns donau posada,
Mare de Deu de Portals,
Vos ne feym una enramada
De petxines y corals.

»Patrona de la barquera
Y del pobre pescador,
En la nostra hora derrera
Portaunos al Redentor.»

Entre aquelles veus molt aspres
Se n' hi mescla una de tenra

D' una joveneta hermosa
Que 's troba en mig de la festa.

En son braç sosten un home
Que á la Verge no pot veure,
La nina dels ulls té trista,
La cara color de cera.

Com á palpentes camina
Dona el mirarlo tristesa.
«Ja hem arribat, diu la jove,
Pare, ajonolla 't y resa.»

Ella també s' ajonolla,
Y aquesta oració comença,
Tot hom en ella 'ls ulls fixos
Y 'ls seus fixos en la Verge:

«Llum de la més negra nit,
Piadosa Mare de Deu,
Miráu com está affigit
Lo pare meu.

Entre los braços teniu
Lo vertader sol del día,
Feys que no se 'm mostr esquiú,
Mareta mía.

Ell qu' encen ab sa mirada
Los estels del firmament
Que no me deix desolada
En mon torment.

Pescadors de cor senzill
Que per sort aquí us trobau,
A la Mare y al seu fill
Ab mi pregáu.»

Tot hom queda conmogut
Tot hom resa, tot hom prega,
Sols lo cego está callat
Y com si fos difunt sembla.

La donzella tot de prompte
Fa una súplica suprema,

Y del oli de la llantia
Unta al pare les palpebres.
Un minut més de silenci...
¡Ah! ¡la gracia ja está feta!
Mare de Deu de Portals,
Ben haja vostra clemencia!
Un crit agut ne ressona,
Un crit de goig, no de pena,
Aquells ulls morts cobran vida,
Aquelles nines s'alegran.
«¡Oh! Salve, Salve, María,
Salve de los cels oh Reyna,»
Per tot arreu ne ressona
Y 'ls ecos ho repetexen.
Abraçats lo pare y filla,
De la sobirana Verge
Banyan los peus ab llur plor,
Com á Jesus Magdalena.

VICTORIA PENYA D'AMER.

13 de Janer de 1876.

LA CANSÓ DEL NOVIY

(MALLORQUÍ.)

Imitació de la poesia alemana *Ayneta Tharau* original
del poeta Simó Dach—any 1650.—

I.

Quin' es la que mes m' agrada
De totes quantes n' hi ha,
Ja 's per demés que jo 'u digui,
Que ja l' heu vista á l' altar.
¿Que te d' estrany que la vulga
Ni que jo l' estimi tant,
Quand ha deixat per se' meua
Son pare y mare y germans;
Si s' ha tret el co', y uys baixos
El m' ha posat dins la ma
Diguentme: 'L te don per sempre
Que jo no 't vuy deixá' may,
Que tant si rius com si ploras
Emb tu vuy riure y plorar!

Ma bona esposa, tu ets d' alegria
Tresor riquíssim qu' estoig avar;
Tu ets, estimada, l' ánima mia,
Sanch de mes venès, carn de ma carn.

II.

Que venguin emb' hu si volen
Garbí, llebeig y guergal,
Que com mes mos sempentetjin
Estarèm mes acostats:

Si 'ls homos mos persegueixen,
 Si mos maltractan ¿qué hi fa?
 Les penes y malalties,
 Dolors, torments y trabays,
 Enlloch d' afluixar la baga
 D' amor, que mos té fermats,
 L' estrenyerán cada dia,
 Cad' hora l' atesarán,
 Que será un nú cada pena
 Que més estrets mos tendrá.

Ma bona esposa, tu ets d' alegria
 Tresor riquíssim qu' estoig avar:
 Tu ets, estimada, l' ánima mia,
 Sanch de mes venes, carn de ma carn.

III.

Com el fasser que s' empina
 Com més l' atupa 'l mestral,
 Qu' arrela més com més aygo
 Li amollan els nivolats,
 Y á malgrat de les ventades
 S' estufa y es fa més alt,
 Y engronsa ses paumes verdes
 Tant pe 'l Jané com pe 'l Maig;
 Així será l' amor nostra
 Que ja no pot mori may;
 Qu' entre alegries y penes,
 'Vuy riure, demá plorar,
 Just el fasser que s' empina
 Sempre més fort creixerá.

Ma bona esposa, tu ets d' alegria
 Tresor riquíssim que estoig avar:
 Tu ets, estimada, l' ánima mia,
 Sanch de mes venes, carn de ma carn.

IV.

Si may de mi 't separasses,
 Si te 'n anavas á estar
 Dins un endret solitari
 Que 'l sol no hi arriba may,
 Jo 't jur que t' hi seguiria
 Fins á se 'n el teu costat:
 Ja no hi hauria á la terra
 cap força que m' aturás:
 Per seguirte passaria
 Torrents y boschs y penyals,
 Y neu y deserts llarguissims,
 Y passaria la mar!...
 ¡Ni exèrcits de cent mil homos
 Me farien recular!

Ma bona esposa, tu ets d'alegría
 Tresor riquíssim qu' estoig avar;
 Tu ets, estimada, l' ánima mia,
 Sanch de mes venes, carn de ma carn!
 Plegats per sempre desd' aqneix dia
 Fassèm la via
 De l' amor santa fins á se' á port;
 Que 'n la desgracia y en la fortuna
 Les nostres vides en fassen una,
 Tant á la terra
 Com á la gloria com haurem mort.

Barcelona 23 de Setembre de 1875.

RAMON PICÓ Y CAMPAMAR.

MISCELÁNEA.

Fiestas en Valencia.—Digna de todos conceptos del gran rey D. Jaime, que unió á sus timbres de Conquistador y Legislador, los de protector y cultivador de las letras, ha sido la solemnísimá sesión literaria, celebrada el 27 en Valencia. Ésta ha acreditado que puede llevar sin desdoro el dictado de *Aténas de la corona aragonesa*, que ilustres escritores le han dado.

Ante representantes autorizadísimos del mundo literario, justificó esta ciudad su amor á las glorias patrias y le culto que dispensa á las Musas. Justo es, pues, que nos apresuremos á reseñar esta fiesta de la inteligencia, para no retardar su conocimiento á aquellos de nuestros lectores que no tuvieron la suerte de asistir.

Difícil era encontrar en Valencia un salón bastante espacioso y apropiado para celebrar la gran sesión apologética del invicto monarca; pero hemos de reconocer que los encargados de preparar este solemne acto, no existiendo dicho salón, lo han creado, convirtiendo en la más fantástica y deliciosa estancia el precioso patio claustral del Colegio de Corpus-Christi, cuyo ilustrado superior y clero les han secundado con una amabilidad y buen deseo digno de todo elogio.

El patio, de puro estilo dórico, tiene dos cuerpos, sostenidos por hermosas columnas de una sola pieza, que á la brillante claridad de millares de luces, dejaban ver toda la blancura de su rico mármol de Italia.

Sostienen dichas columnas ocho arcos en los lados mayores del rectángulo que forma el patio, y cinco en los lados menores. En el segundo cuerpo una elegante balaustrada de mármol, también blanco, forma vistosa balconada entre las esbeltas columnas. Este es el severo y grandioso claustro del colegio que fundó el famoso patriarca D. Juan

de Ribera, célebre en la historia de Valencia; y en aquel magnífico recinto debían resonar las inspiradas voces de poetas y oradores, encargados de recordarnos las hazañas del Conquistador.

Este local, bello ya por sus condiciones arquitectónicas, estaba más embellecido todavía por su artístico decorado y brillante iluminación. Habíanse hecho anticipados elogios del gusto con que había dispuesto el primero el pintor Don José Brel, y la segunda el ingeniero de la fábrica de gas Sr. Navarro y Reverter; pero aunque el público iba dispuesto á no asombrarse, no lo logró, pues verdadera y gratísima sorpresa causó á todos el aspecto mágico que presentaba aquel sitio.

Las autoridades y personas invitadas por su carácter oficial al solemne acto, se habían reunido en el paraninfo del cercano edificio de la Universidad literaria, y á las nueve penetraron en el salon, precedidas por el ayuntamiento de la ciudad, precedido por los maceros. La comitiva atravesó pausadamente el salon á las acordes de la marcha real, y subiendo al estrado por su escalera de honor, tomó asiento en los bancos de la plataforma, ocupando la presidencia, el gobernador de la provincia señor Vázquez, que tenía á su derecha al capitán general del distrito Sr. Despujol, al segundo cabo brigadier Villalon, al presidente de la Diputación Sr. Brotons, al vice-presidente de la comisión provincial Sr. Atard, y al ex-ministro de la Gobernación Sr. Maisonave; y á su izquierda al alcalde de Valencia Sr. Martínez, al presidente de la Audiencia, al del jurado Sr. Boix, al poeta catalán y ex-ministro de Ultramar Sr. Balaguer, y á Mr. Mie, representante del municipio de Montpellier.

Ocupaban los bancos del estrado senadores, diputados á Cortes y provinciales, tenientes de alcalde, concejales, magistrados, representantes de las corporaciones más distinguidas, personas condecoradas con varias cruces, y otras muchas de distinción. Entre ellas se veían los señores barón de Tourtoulon y conde de Villeneuve Esclapon, representantes de los literatos prevenzales, los de algunas

diputaciones que han contribuido á la solemnidad centenaria, y corresponsales de varios periódicos.

Actuaba como secretario el del ayuntamiento, señor Ballester.

Los maceros que precedieron al ayuntamiento á su entrada en el local, dieron la guardia al retrato de D. Jaime, con sus doradas mazas al hombro.

Ocupados sus asientos por todas las personas que subieron al estrado, comenzó la función tocando la orquesta la preciosa sinfonia de *Guillermo Tell*.

D. Emilio Borso, teniente alcalde y presidente de la junta que ha organizado las fiestas del centenario, ocupó una de las dos tribunas que estaban sobre el estrado, y dió lectura, con clara y elegante entonación, al discurso apologético del rey D. Jaime. Grandes aplausos premiaron al orador.

Abiertas las plicas que contenían los nombres de los autores premiados, resultaron ser los siguientes:

De la Memoria núm. 109, cuyo lema es: «Les monuments ne sont d' aucun parti,» etc., premiada con 500 pesetas, D. José María Torres.

De la Memoria núm. 45, sobre *Les gestes del rey En Jaume en lo Puig de Santa Maria*, premiada con 500 pesetas, D. Antonio Aulestia Pijoan.

De la Memoria núm. 108, titulada *Rey Cavaller*, premiada con una flor de plata, D. Joaquin Riera Bertran.

Del canto épico núm. 55, titulado *La Mallorquina*, premiado con un brote de laurel, de oro, D. Joaquin José Cervino.

De la poesía núm. 111, titulada *Valencia del Cid*, premiada con una flor de plata, D. Cándido Valenciano.

De la oda núm. 86, titulada *Jaime I*, premiada con una flor de plata, D. Vicente Creus.

De la poesía núm. 118, titulada *La Creu y la Palmera*, premiada con una flor de plata, D. José Franquesa y Gomis.

De la Memoria núm. 5, relativa á los beneficios que reportó Cataluña de la conquista de Valencia, premiada con una flor de plata, D. Antonio de Bofarull.

De la poesía núm. 89, titulada *Les derreries del Conqueridor*, premiada con la pluma de plata de la Diputación provincial de las Islas Baleares, D. Tomás Forteza, de Mallorca.

De la oda núm. 117, *A la union de las razas latinas*, premiada con el laud de plata del ayuntamiento de Zaragoza, y la medalla de oro del municipio de Montpellier, Don Félix Pizcueta.

De la poesía núm. 25, titulada *L'almogavar*, premiada con la flor de plata del ayuntamiento de Tarragona, Don Juan Bautista Pastor y Aicart.

De la composición núm. 87, titulada *Lo alt En Jaume d' Aragó*, premiada con la medalla de oro de los amadores de las glorias patrias de Mallorca, D. Mateo Obrador, de Mallorca.

De la oda núm. 115, *A la unidad de la raza latina*, premiada con la medalla dorada de la Sociedad para el estudio de las lenguas romanas, D. Juan Rodríguez Guzman.

De la poesía núm. 67, titulada *La ombra del rey*, premiada con una medalla de plata de la misma Sociedad, D. Francisco Mateu Fornells.

De la poesía núm. 102, titulada *La germandat llatina*, premiada con otra medalla de plata, D. José Martí Folguera.

De la composición núm. 15, titulada *La Conquista de Valencia*, premiada como las dos últimas, D. Juan Bautista Pastor Aicart.

De la poesía núm. 13, titulada *La cançó de la oroneta*, premiada con medalla de cobre de la misma Sociedad, D. Jacinto Roser y Arjelagues.

De la núm. 105, titulada *Romiatje*, premiada como la anterior, D. Miguel Victoriano Amer, de Mallorca.

De la núm. 31, titulada *Lo trovador mallorqui en la diada de la festa centenaria de lo alt En Jaume d' Aragó*, premiada como la anterior, D. José Taronjí, Pro., de Mallorca.

De la poesía núm. 116, titulada *Romanç dels quatre trovadors*, premiada con la copa de plata de los periodistas de Barcelona, D. Teodoro Llorente.

Y de la poesía núm. 19, titulada *La Texidora*, premiada con la pluma de plata de la Sociedad para el estudio del derecho, D. Antonio Careta y Vidal.

Acabada la lectura de las poesías, el presidente del jurado leyó un oportuno y sentido discurso.

Así terminó esta gran fiesta literaria, que dejará gratos recuerdos en Valencia.

Damos la enhorabuena á los escritores laureados, singularmente á los Sres. Forteza, Obrador, Amer, y Taronjí, por su merecido triunfo literario.

* * *

Hemos leído el discurso pronunciado en la Catedral de Valencia, el día 27 del actual, con motivo del Centenario, por el Sr. Canónigo D. Godofredo Ros y Biosca. Es notable por la brillantez de su estilo y la intencion patriótica que entraña.—Felicitamos al orador.

* * *

Pablo Féval.—Este novelista se ha convertido al Catolicismo. En una extensa y bellísima carta que ha visto la luz en el *Boletín del Voto nacional*, dando cuenta de sus impresiones con motivo de su peregrinación á Montmartre, dice:

«Soy muy viejo, pero también joven: viejo por los años, niño en la fe. Era ayer que la palabra *devoción* me causaba risa, como el sordo-mudo se encoge de hombros viendo como el pianista hace correr los dedos sobre el instrumento que para él no tiene voz; ó como el ciego de nacimiento desdeña la luz que no conoce: mas hoy que mis oídos y mis ojos se han abierto al golpe de un castigo cuya severidad misericordiosa bendigo con ardor, siento al acercarme á Dios una ansia y una alegría que no me dejan ver nada fuera de Dios mismo, á través del inmenso dolor de mis lágrimas.

»Al llegar á la cima del cerro, me han enseñado el campo fatal donde se cometió el primer asesinato por la *Commune*. Sea la paz á esos amadores de la Revolución, víctimas inmoladas por su ídolo.

»He proseguido mi camino, y he penetrado en la capi-

lla, que estaba ya llena. Cómo se ha erigido, no lo sé. Un viento de fervor ha conmovido mi alma, y nada he visto sino mi propia alegría. Heme arrodillado entre un santo anciano, fugitivo de la Lorena su patria, para dedicar sus últimos días á la patria francesa, y un jóven sacerdote que enseña á nuestros soldados á vivir bien para bien morir.

»Se ha celebrado la misa en medio del mayor recogimiento... Nuestros corazones estaban llenos de Dios y latían por la patria, mientras de lo alto de las tribunas descendía un cántico que consagraba á las heridas del Corazon de Jesus el corazon herido de la Francia...

»Despues se han acercado á la santa Mesa todos los que allí estaban, para gustar el Pan de Ángeles... Una voz ha comenzado desde el púlpito las Letanias del Corazon de Jesus. Aquí hay elocuencia, entusiasmo, grandeza, sublimidad. Una vasta conmocion nace, crece, se dilata. En mi interior hay algo que arde: incienso y remordimiento, dolor, triunfo y sacrificio.

»Esta forma poética (¡oh! ¡perdonadme la palabra, pues he vivido de poesía!), esta forma de letanías, más lírica que la oda, más elevada que el himno, más tierna que el cántico, más real que el salmo, dilata el sér entero en un prodigio de expansion. ¡Arriba los corazones! ¡*Sursum corda!* es la palabra divina, tejida en largos pliegues de oro. Agitad, agitad, como una bandera, la lista vibrante que desarrolla las alabanzas del omnipotente Corazon!»

* * *

LIBROS RECIBIDOS.—*Expulsion de los judios de Barcelona*, estudio escrito en presencia de documentos inéditos, por D. José Fiter é Inglés. Barcelona.

Cançons alegres, per un fadrí festejador, 2.^a edició. Barcelona.

Método de lectura, 2 tomitos, por D. José Rosselló. Madrid.

Esta Redaccion da á sus autores la más expresivas gracias.